

La poesía tiene su honradez

Cuerpo como símbolo unitivo; poesía como cuerpo de transmutaciones de las secuencias al temblor, pues la voz al injertarse en el cuerpo otro, tiembla.

José Lezama Lima,
"Cantos de Cintio Vitier"

José Prats Sariol

Con un polémico prólogo, por suscitante, y una magnífica selección, por abarcadora, ambos realizados por uno de nuestros críticos con más hondura y sapiencia: Enrique Saíenz, ha aparecido la *Antología poética* de Cintio Vitier. Este acontecimiento produce múltiples recepciones. Expongo la mía con la certeza de que comento una obra que hoy puede resultar muy extemporánea precisamente por lo que tiene de imprescindible. Aunque la aparente paradoja se deshace al leer los poemas, intento fundamentar tal afirmación desde el título: si un autor contemporáneo hace pertinente una cita de José Martí es Cintio Vitier. Rompo la promesa de evitar hacer mención, referencia o alusión –aprensiones contra las descontextualizaciones manipuladoras– porque nadie mejor para interiorizar una de las frases esenciales que el único cubano imprescindible colocó al inicio del libro de *Versos libres*: "Pero la poesía tiene su honradez y yo he querido siempre ser honrado". La coherencia entre el acto creador y las palabras que lo hacen tangible es el mejor signo del ánimo de sus poemas.

La honradez como búsqueda ontológica deja un silencio tras las tentaciones de la palabra. La tensa armonía entre pensamiento y lenguaje a la vez abarca la existente entre lo que se dice y lo que se cree. El tópico de para qué se escribe –hoy más depredados que nunca, gracias a la globalización desidentificadora y trivial– alcanzan asideros a través de lo que Giuseppe Ungaretti consideró como finalidad, cuando tal vez a sí mismo se dijo que "ha poblado de nombres el silencio". Un silencio abismo y desgarradura ante las contingencias huracanadas de la vida y ante los absurdos afectivos y racionales del cotidiano avance hacia la muerte, pero como meditación que rehuye el vacío existencial y las falsas poéticas de la desesperanza, la moda posmoderna que confunde el fin de Hegel –y de las construcciones de sus discípulos– con el de la historia; que además suele regalar o vender una oportunista genuflexión ante la rapidez internáutica, ante la *dispersión* y *vacuidad* que Rilke presagió.

Un silencio que Cintio Vitier puebla de nombres: "Ese gran trabajador que es el silencio" –como dice en "Prosa para mi nacimiento"–, con un sentido que no es necesario compartir para admirar sus texturas versales, sus marcas

al granito de la siempre tensa comunicación. Un silencio que Octavio Paz intentó sugerir, no encarcelar, cuando aseveró: "Lo más digno es el silencio. Pero hay que merecerlo. Para callar es necesario haberse arriesgado a decir. El silencio se apoya en la palabra y por ella se vuelve significación –una significación que las palabras no pueden ya decir.– El poeta no tiene más remedio que escribir con los ojos fijos en el silencio".

En "El rostro de Vallejo", poema en prosa dedicado a Raúl Hernández Novás, tras su trágico suicidio, le dice al poeta tan vallejiano como él: "Cuando íbamos a decir, cuando decíamos, su silencio no estaba a nuestro alcance, ni siquiera al suyo. Nos quedábamos buscando su silencio por una playa desierta, como ahora encontramos la sonrisa y la risa y el sabor del vino compartido y la centella del flamenco hablado en el persistente coro de Julio Vélez". Merecedor de las reflexiones –éticas y estéticas– consustanciales al silencio, sobre todo las que en su ontología conducen a la muerte y a la resurrección, al Espíritu Santo, Cintio Vitier es el poeta de la *Galaxia Orígenes* que junto con Lezama ha dedicado a la poesía más silencios, enigmas a la intemperie, para compartir

con las otras voces vigorosas del grupo –Fina García Marruz, Eliseo Diego, Gastón Baquero y Virgilio Piñera– los asedios al poema.

Al leer la antología, convertida casi hasta el final en relectura crítica, disfruté desde luego la certeza intertextual de que también me hallo ante el Cintio ensayista, cuya generosidad nunca ha excluido la sana e higiénica distancia –silencio martiano– ante los hormigueros que anteponen razones exógenas al disfrute artístico. Libre de los prejuicios que algunos le han querido endilgar –ahí está, para citar uno entre muchos ejemplos de su pluralismo, la traducción de *Illuminations* y el ensayo sobre Rimbaud realizados hace más de medio siglo–, Cintio Vitier muestra una rara coherencia filosófica cuya urdimbre, estudio riguroso, complejidad crítica, reflexiones estratégicas, le hace defender con incorruptible limpieza su modo de pensar, que nunca ha sido débil, nunca ha excluido la visión ecuménica basada en el *sí*, el diálogo socrático que conoce la existencia del *no*, aunque haya preguntas cuya respuestas rebasan el binarismo, y se abran hacia *La conversación infinita* que el recién fallecido Maurice Blanchot quería. Y esto está en sus mejores versos; los enriquece porque los aventura, como sucede en “Plegaria”, en “La tregua” o en “Casa de Lezama”.

Confieso ahora que realicé a la inversa una lectura de la obra: de los poemas más recientes a los primeros que escribió. Suscribí la intención –como hizo Gastón Baquero en *Magias e invenciones*– de minimizar en lo posible cualquier línea férrea. El resultado ha sido una feraz espiral perceptiva que rebasa con creces un extrañamiento por algún *leitmotiv*. Y como “Etcétera es la única palabra que la hoja abomina” –como nos recuerda en “La hoja”– no quiero detenerme en almacenar detalles, aunque el ejemplo sirva para mencionar una faceta poco observada en su poesía: la del humor y la sátira, la que es capaz de “adivanzas” tan jugosas como ésta que siento tan cerca de María Zambrano, la discípula rebelde, y José Ortega y Gasset: “Lo que le dijo el maestro al alumno: / No me mires de ese modo”.

Sus timbres más peculiares pudieran tener una ilustración nítida y apasionante en “Última sábana”, poema esencial –por poco caigo en la moda impuesta por Harold-Bloom de decir “canónico”. Las “tantas sábanas en su vida” poseen ternura frágil y frágil añoranza. Cariño con que la memoria halla las palabras para que no se le olvide no sólo su infancia, sino su actitud infantil, no sólo el colegio Irene Tolland donde estudió su madre, sino las disciplinas amorosas que allí recibió. Recuerdo que a través de un símbolo se con-

vierte en superposición todo el texto, en yuxtaposición temporal y espacial cuyo dinamismo ascendente encabalgaba –como fray Luis de León– y mitifica a la vez las imágenes familiares.

“Última sábana” muestra muy bien cómo la poesía de Cintio tiene un procedimiento *ucrónico*, una distancia siempre necesaria, donde los motivos o detalles elegidos son de inmediato volatilizados, llevados por sugerencia a planos afectivos y al mismo tiempo racionales. Siempre rehuyendo castillos tropológicos y grandilocuencias, y no para distanciarse de ningún otro poeta coetáneo sino porque allí es donde actúa mejor, donde sus estímulos de estirpe romántica, pero sin afán de grandeza, tienen sus asideros más sugestivos. No sustituye como los vanguardistas, sino instituye como los ajenos a *ismos* creacionistas. El procedimiento en “Última sábana” es como un cuento que se medita a sí mismo, como una confesión que necesita intercalar escenas más verídicas –artificio bien difícil– a través de elementos mínimos, porque constantemente asciende al embeleso, se recoge dentro del alma: “Canasta del alma, que no sabe cómo / iba y venía con el alma”.

Recomiendo una lectura sin etapas, es decir, sin señalar divisiones basadas en circunstancias de las que se infieren consecuencias expresivas con notoria facilidad determinista. Reto, por ejemplo, a ponerle fecha a “Dama pobreza”, a que alguien sea capaz de argumentar si pudo ser de los primeros o de los últimos poemas que ha escrito. Y sin membretes, es decir, sin que términos muy equívocos, por ideologizados –trascendentalismo, realismo, etcétera–, entorpezcan la recepción. ¿Es realista “Modesta solución” o trascendentalista “La Mancha”? Por favor... ¿No es mejor extirpar las etapas y etiquetas que empobrecen el azar de la lectura, seguir la misma fórmula que Cintio reserva para la bondad en el poema “Enero 1995”: “Hablo de la bondad: sus formas/ pertenecen a lo desconocido”?

También difiero de quienes se han dejado apresar mecánicamente por el acontecer político inmediato o por el rechazo total a su cosmovisión teleológica. El error –curiosa paradoja en autores aún jóvenes que presumen de “estar al día”– consiste en acercarse a su obra con un antiguo instrumental de análisis, neopositivista, bajo confrontaciones, contradicción noseológica del pasado siglo xx. Al re-sentir se convierten en estatuas de sal, y así la apreciación termina por creer que en arte se *prograsa*, que una metáfora se *supera*. Tal yerro se empantana mucho más en cuanto se alude a su obra poética, como si el estudio de *Lo cubano en la poesía* –una cumbre de nuestra crítica literaria, en su última

conferencia, la más vigorosa especulación sobre los sesgos que nos identifican— dejara fuera al poeta Cintio Vitier de la visión que allí compendia, deslinda, enuncia y sugiere. Observar con escepticismo la idea de que “la poesía nos cura de la historia y nos permite acercarnos a la sombra del umbral” no debe conducir a sectarismos empobrecedores.

Leer “Examen del maniqueo” puede ser un buen antídoto, sobre todo cuando detrás puede leerse la “Respuesta al examen del maniqueo”. Haz y envés de la misma hoja, el poeta sabe observar desde varios ángulos. En la crítica, en efecto, humilla su soberbia. En la resaca pasa a ser víctima y no penitente. En uno es impotente, miserable, “un oscuro obrero de la monstruosa construcción”. En la réplica la reflexión rebasa cualquier cualquier forma inquisidora o totalitaria mediante el amor, y aquí se argumenta también mi referencia a José Martí. Allí, en la otra cara del examen, cuando la respuesta extiende su ignorancia para saber mejor, objeta cualquier mirada discriminante, afirma: “Pero el asunto es el amor, / sobre el que no hay definiciones ni escrutinios, / el amor que está viviendo en ti / (como en toda criatura) / una vida suficiente y misteriosa”.

Quizá una similar reflexión moduló Enrique Saíenz al concluir —mejorándolo— su prólogo: “El poeta seguirá dándonos, en sucesivas entregas, su sabiduría y el extraordinario placer de dialogar con los otros, con nosotros mismos y con las innumerables entidades que conforman la existencia”. Obsérvese que el crítico usa el plural, que huye de la *entidad* y de esa forma abre el espectro. Similar diálogo —Rimbaud y la *otredad*— es un signo en sus poemas de que le va la vida en ellos, de que ellos viven, precisamente, porque no cierran el juego de instantes, de percepciones disímiles. Desde sus *innumerables entidades* disfrutamos mejor del memorioso cariño, ingrávito y grávito —como él mismo inda-

gó al construir nuestras tradiciones poéticas— que dejan no fuera, sino en la singularidad de *su* tiempo, la *Luz ya sueño* o *La hoja y la palabra*, la *Sedienta cita* o el *Cuaderno así...*

Las décimas de “Sorpresas del resurrecto” creo que desde el epígrafe de Paul Claudel sugieren las innumerables entidades, los muchos Cintio Vitier que se debaten, porque son auténticos testimonios, rasgadas y desasosiegos que no pierden el afán de lo *imposible*. Una de las décimas es bien significativa: “[...] la estrellita / que pálidamente grita / contra el ventanón oscuro / donde mis dogmas abjuro / a favor de la mañana, / jícara, leche y jarana”. Poema incluido en *Versos de la nueva casa* (1991-1992), es vecino de “Todo el fragmento”, donde: “Esperar es todo / —no se sabe qué— / infinito nuestro / patria de existir”. Un poco antes, en *Poemas de mayo y junio*, en el autobiográfico soneto “Doble herida”, afirma: “Este ir de la vida a la escritura / y volver de la letra a tanta vida, / ha sido larga, redoblada herida / que se ha tragado el tiempo en su abertura”. Al participar de estas *existencias*, escritas con una engañosa sencillez, no sólo entiendo mejor que se le haya otorgado un premio como el Juan Rulfo, sino —en la intimidad del diálogo con los poemas— su comunión con Thomas Merton, con el cristianismo.

Lezama lo dijo, claro que mejor, en “Cantos de Cintio Vitier”. Después de afirmar que “malicia y rencor no pueden ser buenos lectores de poesía”, avizora: “Cuando exista entre nosotros [...] el paisaje lejano, que reconstruye por evocación, las misteriosas tejedoras repasarán sus sílabas para penetrar por transparencia o salvarse por conjuro”. En esa lejanía mi lectura enfatiza la honradez como coherencia, como testimonio de sus entidades. Porque transparencia y conjuro, cópula y disyunción, son el reto que Cintio escribe, el temblor que nos deja. ☽

segunda edición

IMMANUEL WALLERSTEIN

Un mundo incierto

Immanuel Wallerstein
Un mundo incierto
 Libros del Zorzal, Argentina,
 2002, 2a ed., 92 págs.
 Nuestro mundo atraviesa un
 período de transición cuyos
 alcances son completamente
 imprevisibles. Estados Unidos,
 contra todas las apariencias, ha
 perdido su condición de potencia
 hegemónica.

ELLOS TAMBIÉN CUENTAN

CREACIONES DE NIÑOS DE ESCUELAS PRIMARIAS GUANAJUATENSES

Colegios de Talnepantla XVIII

GRUPO SUR EDITORIAL

Ellos también cuentan
 Grupo sur editorial, México,
 2003, 138 págs.
 Es éste un libro escrito por
 niños del Estado de México,
 incentivados por leer sus
 propias creaciones, realizadas
 en el transcurso de sus clases.
 De esta forma, los niños dan su
 primer gran paso que los
 acerca al fascinante mundo de
 la literatura.